

# KOLTÈS Y SUCCO

PASCALE FROMENT

El primer “encuentro” de Bernard-Marie Koltès con el criminal que le inspiró el personaje central de su obra tuvo lugar a principios de 1988, en el metro de París. Un cartel de búsqueda con cuatro fotos de Roberto Succo. Cada foto mostraba un rostro tan diferente, que había que mirar varias veces para comprender que se trataba del mismo joven. Koltès quedó impresionado por esos retratos, por la belleza del rostro cambiante que las fotos reflejaban. Más tarde vio en un telediario un resumen del “show” en los tejados de la prisión de Treviso. Detenido la víspera, Roberto Succo logró, durante un paseo, escapar unos instantes de sus guardias, y saltar sobre un tejadillo que había escalado para alcanzar la cúspide de la prisión. Durante más de una hora se dirigió a los periodistas presentes, lanzó tejas contra los vehículos de los guardias y empezó a desnudarse. Después continuó su improvisación colgado de un cable eléctrico, que acabó soltando. Entonces se produjo la caída.

Lo que impresionó a Koltès en esas imágenes, fue otra vez la belleza del joven, y la dimensión puramente teatral de la situación. Así fue cómo comenzó a escribir, tras consultar algunos recortes de prensa. Por mi parte, yo ya estaba trabajando en la historia de Succo, y propuse a Koltès que nos encontráramos. La idea le entusiasmó. Pasamos toda una tarde hablando de nuestra pasión común. Era evidente que no teníamos el mismo objetivo. Yo me dedicaba a reconstruir, con obstinación de hormiga,

el itinerario real de Succo, mientras que Koltès, por su parte, había integrado totalmente el personaje. Lo más inquietante era que él había alcanzado un extraordinario conocimiento intuitivo de Succo, y había llegado a conclusiones psicológicas que se acercaban considerablemente a una cierta verdad. Sin recorrer los mismos caminos, pues, llegamos a encontrarnos. Pero creo que la realidad perversa de Succo, lo que hacía de él un asesino aparte, su total frialdad en los crímenes que cometió, la locura infernal que llegaba a dominarle, la encarnación del mal absoluto que representaba, no interesaban a Koltès. En el fondo, le importaba muy poco que fuera un asesino. Estaba fascinado hasta la identificación. Puede que ya estuviera más allá de la monstruosidad.

Volvimos a vernos y le proporcioné más información. Le conté que la muchacha que había permitido que identificaran a Succo al principio se refirió a él con el nombre de "Juce". Que después recordó que "Succo" en italiano significaba "jugo (de fruta)", de ahí su confusión. Los periodistas, que no conocían el episodio, escribían tan pronto "Succo" como "Zucco". Koltès tomaba notas en unos papeletos. Le conté otros detalles del mismo estilo, y le hice escuchar una grabación supuestamente de la voz de Succo, que decía:

"Ser o no ser. Ese es el problema. Creo que... No hay palabras, no hay nada que decir. (...) Bueno, un año, cien años, es lo mismo. Antes o después, todos tenemos que morir. Todos. Y eso... eso es lo que hace que los pájaros canten, los pájaros, hace que las abejas canten, hace que los pájaros rían."

Debido a la enfermedad de Koltès, dudé si dejarle oír ese monólogo desesperado. Pero era una especie de confirmación del personaje que él presentía. Al descubrirlo, quedó profundamente turbado. Algún tiempo después, me envió su texto con una nota sobre la "importancia" de ese documento. Y, en efecto, lo había deslizado en parte en la escena VIII, titulada "Justo antes de morir". Koltès me decía también que en el momento de enviarme el ejemplar, se encontraba "entre dos grandes via-

jes”. Quise llamarle para hablar de su obra. Ya había muerto.

---

Pascale Froment es periodista, autora de un libro sobre Roberto Succo que va a ser editado por Gallimard.

El artículo pertenece al número 35/36 de la revista “Alternatives théâtrales”, monográfico sobre Koltès.